

Véliz, Luis Durand, Marta Brunet; sin pasar por alto nombres como Samuel Lillo, Jerónimo Lagos Lisboa, ni el rescate de otros olvidados como Oscar Sepúlveda o la presentación de algunos valores más recientes y nuevos, sean muertos en plena producción: Romeo Murga, Nefthalí Agrella, Omar Cáceres, Juan Gana, Juan Florit, Luisa Johnson, etc. Dejando, además, sitio para los pintores como Luis Herrera Guevara, a cuyo conocimiento y reconocimiento Andrés Sabella siempre ha contribuido tanto.

Sobre los escritores extranjeros, que han recibido homenajes especiales, con motivo de centenarios u otras fechas, merecen destacarse los trabajos destinados a William Blake, Enrique Heine, Carlos Baudelaire, Félix Arvers, Guillermo Apollinaire, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, José María Eguren, César Vallejo...

Sin que los homenajes y las exaltaciones se hallan detenido sólo en ellos, pues también han recibido su parte Simón Bolívar, la Universidad de Chile, cuando abrió su filial en Antofagasta, y el Deporte (así con mayúscula), al celebrarse en la misma ciudad las eliminatorias del Campeonato Mundial de Básquetbol, a comienzos del presente año. Porque la pequeña revista, como lo expresa en la contratapa de cada uno de sus números, va "*Hacia* la tierra madura de paz y abundancia", "*Hacia* el hombre jubilosamente libre", "*Hacia* la poesía en hermandad con la justicia".

Ante tan nobles propósitos y ante el éxito de la labor ya conseguida, no nos resta sino felicitar a su director, Andrés Sabella, y también a Antofagasta, su ciudad natal.

J. N.



Algunos, de JOSÉ S. GONZÁLEZ VERA. Editorial Nascimento,
Santiago, 1959

EN EL LIBRO recientemente publicado, de González Vera, es fácil hacer una división útil para juzgar de sus términos: los autores ya fallecidos y los que siguen en la vida. Los primeros son todos los siguientes: Augusto D'Halmar, Federico Gana, Jorge González Bastías, Mariano Latorre, Baldomero Lillo, Gabriela Mistral y Vicente Pérez Rosales. Siguen viviendo, en tanto, Alone (Hernán Díaz Arrieta), Enrique Espinoza, Amanda Labarca, Ernesto Montenegro y Manuel Rojas. En ambos casos, han sido citados estos nombres, en el mismo orden en que aparecen en el libro, el cual parece corresponder al

del alfabeto, si bien no se entiende cómo Rojas haya de quedar antes de Pérez.

Si se dijera que el libro contiene sólo informaciones directas, personales, de aquellas que se obtienen en el diálogo y en la frecuentación de la amistad, habría que hacer todavía algunos ligeros distingos. Semejante afirmación no puede ser en absoluto verdad respecto de Pérez Rosales, que falleció antes (1886) de que el autor, González Vera (1897), naciese; y no lo es tampoco, aunque en grado menos severo, de Baldomero Lillo, que por haber fallecido en 1923, apenas pudo ser tratado por el autor de su semblanza. Pero a cambio de haber dispuesto de informaciones directas de esos escritores, González Vera ha tenido, en cambio, paciencia, interés, curiosidad entrañable para averiguar de terceros muy bien informados. Lo que dice de Federico Gana, por ejemplo, en su mayor parte útil para la crítica literaria, procede sin duda de parientes y amigos de aquel cuentista, a quienes González Vera consultó prolijamente. Pérez Rosales, por otra parte, es autor de los *Recuerdos del pasado*, una de las cumbres de la literatura chilena, autobiográfica en todo, lo que en cierto modo explica que sea éste precisamente, y no otro, aquél de que se han publicado más biografías, ninguna de las cuales, por lo demás, encierra material crítico aprovechable para juzgar su producción literaria. Este extremo tampoco ha interesado mayormente a González Vera.

Algunos, por lo demás, no es libro de crítica, aun cuando contenga no pocas páginas útiles para ella. Hay en González Vera un guiño irónico, muy frecuente, que le lleva a señalar las pequeñas ridiculeces o manías de los hombres antes que a estudiar las obras que a éstos se deban. Veamos un ejemplo:

El dinero que recibe no le luce. Alcanza a comprar una propiedad en la Isla de Maipo. Está muy contento con esa tierra que es suya, pero, como es solicitado casi a diario por el olvido, se distrae, y se acumulan contribuciones, servidumbres y cuanta gabela ha creado el legislador. Y un día, mal día, injusto día, le rematan su tierra. Y él, triste, alza la copa (p. 65).

En la semblanza donde se leen esas líneas el autor recordado alza muchas veces la copa, solo o en compañía de sus amigos, lo cual explica, con cierta plausible aproximación, el desastre final: la obra trunca, los anuncios fallidos, la familia abandonada y acaso empobrecida, etc. No puede negarse que González Vera cuando toca temas espinudos se libra de la indiscreción a fuerza de tino y de gracia. Veamos otro ejemplo, el de un poeta, González Bastías, reverenciado de todos:

Antes de cumplir la treintena lo llamó a gritos la serranía de Infiernillo. No pudo resistir. Y hacia allá dirigió sus pasos para quedarse la vida entera.

Tres o cuatro veces al año llegaba a la capital, por días, y visitaba a sus amigos de mocedad, lanzando el más hondo suspiro al estrechar cada mano (p. 75).

Y en las páginas que siguen, cada vez que se tercia, vuelve el biógrafo a subrayar el suspiro que lanza González Bastías al conversar, al guardar silencio, al recordar a los ausentes, en cada ocasión. El rasgo sirve para caracterizar al hombre en la materialidad de la existencia, pero nada más: suspiran los poetas menores como González Bastías, y suspiran también los jayanes, los atletas, los demagogos, las mujeres encintas, etc. En suma, de que suspire un hombre cuando saluda a sus amigos no se desprende nada. Es un dato caricatural que no contribuye mayormente a enriquecer la semblanza.

Afortunadamente, no todos los héroes de González Vera alzan la copa ni todos suspiran. Hay los de voluntad enérgica, como Ernesto Montenegro, que ha realizado el extraño, singular milagro de viajar por todo el mundo sin tener nunca otra fortuna que su trabajo, y no tampoco un trabajo que recompense las fatigas que ocasiona, sino el de escribir, que es el más despreciado de todos. Hay, en fin, el bello caso de Manuel Rojas, que merece mención aparte. De todos los sujetos tratados en *Algunos*, no cabe duda que es Rojas aquél a quien mejor conoce el autor, cual se revela por el gran número de informaciones que se ven allegadas en su semblanza (nombres de padre y madre, fechas íntimas, etc.), de modo que ésta viene a ser, en conjunto, la mejor del libro por ser la más equilibrada y la menos irónica para el modelo elegido. Pero, así y todo, falta en ella casi toda la fracción literaria, el aspecto estético, la mención de las ideas y propensiones artísticas que ha manifestado y manifiesta el autor en su obra. Dicho en una sola frase: esta semblanza, aun siendo la más completa, apenas considera a Rojas como escritor. Leyendo *Algunos* se viene a las mientes una observación de Benjamín Franklin:

Todo lo que es difícil examinar y lo que requiere atención concentrada y aplicación continua, se me hace más bien tedioso.

Si el espíritu de González Vera funciona más o menos como el de Franklin, podría explicarse la constante inclinación al aspecto exterior de los personajes tratados, a las manías, a los guiños, a las expresiones del vivir somático y vegetativo, inclinación notoria en casi todos los fragmentos de *Algunos*. Me anticipo a decir que nada de esto debe entenderse como censura: se trata sólo de alcanzar una definición que sea útil para los lectores de

Algunos, a fin de que no cometan la crueldad de pedir al volumen lo que él no contiene. Es bellísimo como evocación humana; contiene párrafos tiernos, anécdotas picantes, diálogos reveladores, observaciones agudas e inesperadas, ironías sutiles y algunas, menos sutiles, arrolladoras; diseña ambientes al paso, evoca sujetos descentrados, neurasténicos, de quienes apenas cabe citar los nombres; avanza, en fin, aun cuando a grandes intervalos, algunos discretos juicios políticos por los cuales podría entrar a juzgarse el credo del autor. Es, además, indispensable para seguir por dentro, en la intimidad, la evolución de algunos escritores a quienes González Vera ha sorprendido cuando estaban más descuidados, ya escribiendo en su mesita, ya vagando por la calle. Pero no es una obra de crítica literaria, y no podrá sustituir a las que más adelante se escriban sobre esos mismos escritores chilenos para decir cómo sentían su arte y cómo lo llevaron a cabo.

Insisto en que esta definición provisional de *Algunos* no implica en nada desestimar su aportación a las letras chilenas. Siguiendo el camino abierto en *Cuando era muchacho* (1950), quiere González Vera contar cuanto sabe de unos cuantos escritores chilenos, de *algunos*, de los que ha logrado conocer más o fondo, y lo alcanza plenamente, en un libro sonriente, liviano, de fácil lectura, repleto de pequeños hechos significativos. A veces lastima un poco la ironía, ya que, como se vio por la primera cita que hicimos, el autor se deja llevar no poco de su inclinación a la caricatura; pero a la larga todo ello se perdona y se olvida. *Algunos* contiene datos importantes que habrá de recoger la historia literaria, y antes que eso, atrae al lector corriente, al cual, según todo hace esperar, familiarizará con la literatura chilena, y no por camino difícil sino por el más grato de todos, el de la sonrisa. Y esto, en un país donde ha sido moneda de curso frecuente el desprecio enconado, agresivo, contra las letras chilenas y quienes las cultivan, es mucho decir, y debe decirse en elogio abierto e incondicional de González Vera.

RAÚL SILVA CASTRO.



Ultima Llama, novela de LUIS MERINO REYES.

Editorial Nascimento, 1959, por Francisco Dussuel S. J.

CUANDO HACE POCAS SEMANAS comentamos *Duermevela de Amor*, destacamos la intensidad vital de su tensión pasional. El grito existencial que se anunciaba desde lejos, cobraba de pronto dimensiones, se abría paso con la ve-